

Transgresiones de la sensibilidad

La menos corpulenta de las Fuenfría no puede



recordar más, aunque tampoco quizás menos, que su propia hermana o que las propias, también, hermanas de la Navarrete o la Soriano; o que la más aficionada a las películas musicales de las Gongordiola o acatarrada de las Olmedo.

Ninguna, ninguna excepto tal vez Marcela — pero Marcela ya sabemos todos cómo es y cómo se puso aquel día en que, roja de ira, gritó “¡Basta!” y que aquello era una sarta de sandeces —, puede recordar ni tiene a quién preguntarle cómo empezó, de dónde arrancó toda aquella, o esta, maraña de acontecimientos que nos tiene enredados, enganchados los unos con

los otros en una especie de tela de araña entretejida de acaeceres entretejidos en quién podría saber qué remotas mentes de qué remotos “otros” que, en su “día” — o como ellos llamasen a aquel transcurrir de su *aquello* otro que ni por un instante tuvieron la ocurrencia, tan sencilla ahora, de llamar “tiempo” —, no pudieron recordar, tampoco, de dónde había arrancado toda aquella — o “esta” en su remoto *ahora* — maraña de acontecimientos que los tenía enredados, enganchados los unos con los otros en una especie de tela de araña entretejida antes, mucho antes, de que ni ellos, ni sus antepasados, ni los antepasados de sus antepasados, tuviesen a quién preguntar *cómo* ni *cuándo*.